CAPITULO XIII.

CASA DE CASTOR Y POLUX.—SALUSTIO Y LISIPO.—UNA VISITA DE DOS BELLAS.

Despues de haber presenciado la fiesta de los lupercos, vimos á Lisipo y á Salustio dirijirse á la casa del primero.

Este edificio, que como dije, es conocido con el nombre de *Casa de Castor y Polux*, nombre que ha sustituido al de *Casa del Cuestor* con que fué conocido al principio, está situado, segun queda dicho, en la calle de Mercurio, y fué desenterrado de 1828 á 1829.

Su fachada sobre la expresada calle se ve decorada de divisiones blancas y rojas separadas por preciosas molduras en estuco.

La casa se componia, como se ve aún, de dos habitaciones distintas, separadas por un peristilo que las era comun.

Lisipo entró con Salustio en el *atrium* de su casa, pasando el zaguan decorado por bellas pinturas, entre las cuales se descubre un *Amor* sobre fondo amarillo, y algunas plantas en que se ve saltar un pájaro.

El pórtico del *atrium*, de órden toscano, estaba sostenido por doce columnas cuya parte superior se veia pintada de rojo. En las pinturas que adornaban las paredes se destacaba un *Héroe* y una *Victoria*, que aún se conserva en su lugar, sobre cuyo escudo se ven las letras SC.

A la derecha del *atrium* se encuentran dos cuartos sencillamente adornados, que pertenecian á los esclavos.

—¿Ha venido alguno á buscarme?—preguntó el cuestor Lisipo á uno de ellos.

—Nadie.

—¿Ni dos damas?

—Tampoco.

—Pues han de venir para un negocio del tesoro público.

—Está muy bien.

—Les haces pasar.

—Así lo haré.

Mientras el cuestor Lisipo cruzaba estas palabras con el esclavo, Salustio se entretenia en ver una linda cámara situada á la izquierda del patio. Era una pieza elegantemente adornada de pinturas, entre las cuales se veia, como se ve actualmente, en medio de arabescos, una *bailarina*, *un genio con una antorcha*, y dos personages, el uno, sobre un arco, y el otro pasando el carcax por sus hombros.

La mitad de la superficie de esta pieza estaba ocupada por una elevacion ó meseta sobre la que se se levantaba una cama.

Otras cuatro bellísimas cámaras, enriquecidas de molduras y arabescos, de pavimentos de mosaico y de hermosas pinturas, entre las cuales se veia una que representaba á *Narciso mirándose en la fuente*, y de las cuales solo se conservan vestigios de la última, se veian á distintos lados del patio.

—Vamos hácia adentro—dijo Lisipo á Salustio.—Frigia y Sostrata no tardarán en llegar.

—Ya lo creo, como que les espera el oro de dos tontos.

—Y á los tontos el divertirse con ellas.

—¿Tienen mucho dinero estas dos cajas?—preguntó Salustio deteniéndose en una pieza en que habia dos cofres grandes, colocados sobre dos mesetas de cal y canto.

Aquellas dos cajas, que era donde se guardaba el tesoro recaudado, y que al hacer la escavacion se encontraron en el mismo lugar, eran de madera, forradas de cobre, con aros de hierro, con cerraduras y adornos de bronce.

—Alguno.

—Muy conveniente es ser cuestor, porque cuando á uno le falte dinero, estas arcas están prontas á prestarle de lo que guardan perteneciente al erario público.

Así hablando penetraron al *tablinum* ó gabinete de pinturas y documentos, descorriendo las ricas cortinas que velaban la puerta.

El pavimento de esta pieza era, y es, de mosaico blanco con filetes negros. Entre las numerosas pinturas que adornaban sus paredes, habia, como se ve actualmente, dos grupos de *Bacantes* y de *Faunos*, y tres Musas, *Talía*, *Euterpe*, y *Melpómene; cuatro génios alados*, y *Ganímedes arrebatado por el águila de Júpiter*.

Las pinturas principales han sido llevadas al Museo, que representan la *Cólera de Aquiles*, *Aquiles reconocido por Ulises*, *Ulises pidiendo socorro para Eumeo*, y dos grupos de *Bacantes*.

Junto á este gabinete habia una sala de capítulo ó congregacion (*exedra*) cuyo pavimento era y es de preciosos mosaicos. En las pinturas de sus paredes se ven *Amores bailando y tocando diversos instrumentos*, *Tetis llevando las armas de Aquiles*, y dos grandes composiciones, representando, una, *Tétis hundiendo á Aquiles en las aguas de la Estigia;* la otra, *un personage armado de cetro, sentado sobre un trono y rechazando algunos regalos*.

En aquel momento penetraban en el zaguan de la casa dos mugeres de una belleza notable, lujosamente vestidas, pero que en la mirada libre de sus bellos ojos, y en las maneras demasiado desembarazadas de que parecian hacer ostentacion, revelaban haber renunciado,

por desgracia, á ese angelical pudor que distingue al bello sexo y que lo enaltece y recomienda á los ojos de los hombres.

El pudor es en la muger lo que el aroma en las flores.

Aquel indica la virtud y la pureza del alma; el segundo, que la flor se ha conservado límpida en su tallo, sin que la mano del hombre marchitase con su tacto sus delicados pétalos.

Una muger sin pudor es una perla que ha perdido el esmalte que la hacia estimable.

La que conserva esa virtud que se revela en la honestidad, en la modestia, en el recato, en ese sentimiento de virginal delicadeza, que hace asomar á las mejillas el encendido carmin del rubor cuando se oye cualquiera palabra poco ajustada á la moral, ó cuando se presencia algun acto que desdice de la buena y morijerada educacion, esa es la muger; la única digna de ese nombre; porque quien dice muger, ya dice ternura, sensibilidad, pureza, candor, verdad, virtud en fin.

La que ha renunciado á estos riquísimos tesoros del alma que enaltecen á ese delicado ser, dándole un dominio dulce y seductor sobre el hombre; la que descuidando la riqueza que encierra el pudor, que es la muralla en que están parapetadas la vergüenza, la honestidad y la decencia, penetra en el sendero de la licencia y de la desenvoltura, esa no es acreedora á llevar el nombre de muger; ese nombre que entraña el significado de todas las bondades, de todos los bienes del alma, de todas las virtudes del corazon.

El pudor es el toque perfecto con que Dios dota el alma de la muger al venir al mundo.

Una muger verdaderamente pudorosa, es el encanto de la sociedad. Amable sin coquetería, tierna sin finjimiento y casta sin melindre, la jóven con pudor, es el modelo de la decencia y de la afabilidad, de la ternura y del verdadero amor.

Las dos bellas mugeres se acercaron al cuarto que ocupaba el portero.

—¿Está en casa tu amo Lisipo?—preguntó una de las dos con notable desenvoltura.

—Sí está.

—¿Solo?

—Está con un amigo suyo llamado Salustio.

—Bien: acompáñanos á su estudio, y en seguida le dirás que le esperamos en él. ¿Qué haces, buena pieza, que no te mueves?

—Voy—dijo el portero marchando detras de ellas.

—¿O en vez de ser un amigo, es una bella la que está con tu caritativo señor?

Estas palabras habrán concluido por convencer al lector de que las dos hermosas que acababan de entrar, no eran tímidas jovencitas de pudorosa educacion.

Y con efecto. Aquellas dos bellas estaban muy lejos de pertenecer á la buena sociedad pompeyana.

No eran delicadas y aristocráticas matronas, esto es, jóvenes de lo mas selecto de la sociedad, sino mugeres de vida demasiado libre, á quienes se designaba con el nombre de *cortesanas*.

El número de estas habia llegado á ser en Pompeya, lo mismo que en Roma, considerable; y como las costumbres habian llegado á un grado de corrupcion inaudito, lejos de intentar cubrir con el barniz de la honradez su conducta, se esmeraban en hacer ostentacion de su liviandad, presentando sin embozo á los ojos del público, su consagracion al vicio.

Como si la impureza fuese un timbre de gloria y un preclaro blason de alta estima, aquellas *cortesanas* llevaban en los adornos de sus mismos trages, en sus ricos brazaletes, en sus pendientes y en sus collares, figuras escandalosamente obscenas, que patentizan hoy al mundo, de una manera terminante, el grado de inmoralidad á que habian llegado las costumbres antes del cristianismo.

Sí; esos ricos aderezos con figuras impúdicas, encontrados en las escavaciones, forman una página indeleble, palpitante, de las muchas que componen el repugnante libro de la desmoralizacion y el libertinaje de aquellos tiempos.

El grado á que habia llegado aquella desmoralizacion, puede juzgarse por lo que habia pasado en Roma con Julia, hija del emperador Augusto.

Esta ilustre matrona fué desterrada á la isla de Trimeta, en las costas de Apulia, hoy Pulla.

El emperador ignoraba los desarreglos de su hija, y sin embargo, Roma entera los conocia. En el primer momento de cólera, el emperador publicó la lista de los amantes de aquella muger impúdica, y dió á conocer todos los sitios de la ciudad destinados á sus placeres nocturnos. Julio Antonio, uno de los amantes de Julia, se castigó á sí mismo dándose la muerte: Quinto Crispino, Apio Claudio, Sempronio Graco, Escipion y algunos otros de nombres menos ilustres, tanto senadores como caballeros, fueron condenados á la pena de los adúlteros, que consistia en la confiscacion de la mitad de los bienes y en el destierro á una isla distinta de la que era destinada á la culpable.

El mal ejemplo dado por algunas elevadas señoras, cundió desgraciadamente, y las mugeres de vida reprensible, creian justificados y aun ennoblecidos sus desórdenes.

Los años corrieron, y con ellos marchó tambien tomando creces el vicio y el desarreglo.

Las tiernas madres, las jóvenes modestas, las que, en una palabra, no habian abdicado las virtudes que enaltecen á la muger, no podian ver con serenos ojos, imperar el vicio y levantar erguida la cabeza á las *cortesanas*, que tendiendo falaces lazos á los hombres, absorbian como insondables vorájines, los tesoros del padre de familias, y marchitaban el sentimiento del amor en la juventud.

Las *matronas* y las mugeres de la clase media, se sentian heridas y humilladas al ver obsequiadas por los hombres, á las que ellas consideraban indignas de llevar el nombre de mugeres.

Y tenian razon.

¡La muger! Flor delicada, mecida al venir al mundo en el enhiesto tallo de la cándida pureza por el aliento balsámico y santo de una madre; velada al emponzoñado hálito de las bastardas pasiones por la limpia atmósfera que brota de las caricias maternales; dotada de un corazon tierno y sensible nutrido con las sublimes máximas que exhalan los amorosos labios de la que le dió la vida; enbellecida con un alma en que Dios colocó con celestial bondad las mas preclaras virtudes; nacida para impregnar de aromas el anchuroso espacio en que, sostenido en diamantinos ejes, jira el mundo, convirtiendo en delicioso oasis el árido desierto de la vida; la muger es la noble y privilegiada criatura en quien están vinculados todos los tesoros físicos y morales que enaltecen la humanidad.

La que ha renunciado á estos tesoros, la que los ha hollado, la que se ha lanzado al cieno de la impureza, esa, vuelvo á repetirlo, no es acreedora al santo nombre de muger.

Pero volvamos á ocuparnos de nuestras dos hermosas mugeres.

El portero, aunque comprendia la clase de la sociedad á que pertenecian aquellas dos bellezas, iba tras ellas con profundo respeto.

Las relajadas costumbres habian hecho del vicio un acontecimiento ordinario, y familiarizados los esclavos con ver entrar con frecuencia á ver á sus amos, cuando eran solteros, á

las mas libres cortesanas, habian llegado á persuadirse que nada existia de reprensible en aquel hecho.

Las dos hermosas marchaban hácia el interior del edificio con una confianza extrema.

Al llegar á una rica pieza, se sentaron, y dirijiéndose al portero dieron la órden de que avisase á Lisipo que le aguardaban.

El portero salió de la pieza, y encontrándose con una esclava, le dijo que avisase que le buscaban.

La esclava obedeció, y poco despues se presentó en la pieza en que estaban Salustio y Lisipo.

—Dos señoras—dijo dirigiéndose á este—están en el estudio que se halla en el piso superior, y desean hablaros.

—Diles que voy al instante.

La esclava se fué.

—¿Quien es esa linda esclava?—preguntó Salustio á Lisipo.

—La hija de uno de mis mas leales esclavos que murió por defenderme de un asesino.

—Siendo así, no te propongo lo que habia pensado.

—Haces bien, porque en gratitud á los servicios de su padre, es ya liberta.

—Vamos, pues, á ver á esas dos bellas, que no dudo serán Sostrata y Frigia.

Salustio y Lisipo salieron al corredor que se ve á la izquierda del *tablinum*, subieron por una escalera que daba al piso superior, y penetraron á una preciosa pieza adornada de pinturas y de estucos.

Las principales de aquellas eran *Narciso á quien un Amor se esfuerza en desviar de su pasion insensata, y un Fauno dando un racimo de uvas á un niño.*

Detras del *tablinum* se ostentaba una galeria sostenida por siete columnas de órden dórico, en cuya parte inferior se veia un enverjado de hierro.

Bajo el pórtico, enfrente al corredor, se hacia admirar una mesa de mármol, sostenida por dos consolas terminadas por dos grifos. En la pared meridional se veian, y se ven aún, dos pinturas; una de ellas, muy grande, representaba *una sacerdotisa llevando en la mano una antorcha, y en la otra una pátera;* puesta de pié sobre las gradas de un templo, parecia prepararse á hacer las libaciones sobre un altar: la otra pintura representaba *Fedra é Hipólito.* Sobre la pared septentrional, se leia, y se lee, en letras encarnadas, de medio metro de altura, esta palabra: *PROSALVE.*

—Creimos que nos íbais á hacer esperar todo el dia—dijo Frigia haciendo un lugar junto á ella para que se sentase Salustio.

—No nos han hecho mas que avisar vuestra llegada, cuando inmediatamente hemos venido á veros—exclamó Lisipo, tomando una de las manos de Sostrata.

—Es muy cierto.

—Pero aquí estamos mal—advirtió Lisipo.—Pasemos al *triclinium*, donde podremos saborear algunos ricos vinos que allí tengo.

El *triclinium* se hallaba situado en la extremidad de la galería.

La invitacion fué admitida.

Frigia apoyada en Salustio y Sostrata en Lisipo, se dirijieron á él.

Cerca de la entrada habia un vestíbulo, y repartidos en varios puntos de la casa se veian una cocina, un larario, un horno, un baño y otras piezas con bellas pinturas, como *Medea preparándose á matar á sus hijos;* una *Ceres*, cuatro encantadores *Amores sobre carros tirados por ciervos*, varias figuras de bronce, entre las que merece mencionarse un soberbio ex-voto en forma de media luna, presentando en medio el águila de Júpiter teniendo el rayo, y á las extremidades las cabezas de Minerva y de Juno.

Los dos amigos, con sus respectivas compañeras, entraron al *triclinium.* En las paredes habia dos pinturas que aún se conservan, representando *Héctor echando en cara su molicie á Aquiles*, y *Vénus cerca de Adonis.*

—Vamos, sentarse, y apuremos algunos vasos de este precioso licor—dijo Lisipo echando de beber.

Los vasos se apuraron.

—Este vino es tan generoso como su espléndido dueño—exclamó Sostrata fijando sus hermosos y azules ojos en Lisipo.

—Y dulce como tus labios—añadió Salustio estrechando la cintura de Frigia.

—Esa es mucha galantería para vos, Salustio—dijo sonriendo Frigia.—Para vos que nunca teneis mas que sarcasmos para nosotras.

—¡Qué quieres!..... Es que ahora te veo mas hermosa que nunca.

—¿Mas que el primer dia que me conocísteis?

—Mucho mas.

—Ved que entonces tenia yo dos años menos.

—Pues hoy tienes dos años menos que entonces, á mis ojos.

—Pronto lo sabré.

—¿Cómo?

—Entonces me enviásteis un regalo con muchas monedas de oro á mi casa.

—Que lo recibiste.....

—Porque era vuestro.

—Porque era oro.

—Tú tratas de ruborizar mi pudor.

—No hablemos de los ausentes.

—De hacer que se dude de mi amor.

—No hablemos de los muertos.

—Y de que solo el interes.....

—Hablemos de los vivos.

—Sois incorrejible.

—¿Deseas que me corrija?

—No, si ha de entrar la correccion por ser menos espléndido. Tu franqueza me gusta.

—¿La de mis palabras ó la de mi bolsillo?

—La de vuestro bolsillo, porque suena bien.

Lisipo y Sostrata mantenian un diálogo parecido.

Cuando el cierzo ha secado la flor, los pétalos no exhalan ningun aroma.

Cuando la licencia ha matado el pudor en el corazon del hombre ó de la muger, las ilusiones mueren y la delicadeza espira.

El pudor es el aroma de la purísima flor del alma.

Quitad el pudor al alma, y el corazon no es mas que un cuerpo corrupto, disecado por los placeres y muerto para la felicidad.

Y cuando no hay corazon, no hay sentimiento; y cuando no hay sentimiento, no hay ilusion; y cuando no hay ilusion, no puede existir ese bellísimo idioma, lleno de dulzura, de

atractivo y de vida, con que dos seres puros se comunican los sentimientos mas íntimos y tiernos del amor.

La conversacion de los que han gastado su corazon, es pesada, torpe y desapacible como el viento que cruza por desiertos arenales, donde no crece ni la flor de la fe, ni se eleva la fuente refrigerante de la esperanza.

Tres de las persenas que nos ocupan, tenian gastado su corazon.

La cuarta estaba próxima á perder su última ilusion.

Esta era Lisipo.

Aquellas no creian ni en la amistad, ni en el amor, ni en la virtud.

El cuestor creia aún en las tres cosas, porque amaba á la bella Agripina.

Lisipo, aunque libertino como la mayor parte de los jóvenes de aquella época, conservaba un resto de creencias nobles.

Comprendia que no podia existir amor en las mugeres que vendian sus caricias; pero estaba persuadido de que esa dulce pasion residia en el corazon de las mugeres púdicas.

Salustio habia apurado hasta las heces la copa de los deleites; y así como un paladar gastado no percibe el gusto de los manjares mas exquisitos, así su corazon no concebia los puros goces del amor.

Lisipo habia gozado de los placeres con exceso; pero no se habia secado del todo el árbol de las ilusiones.

—¿Sabes, Lisipo, que yo no debia amarte?—le dijo Sostrata acariciándole.

—¿Por qué?

—Porque tú amas á Agripina.

—Como que es digna de mi amor.

—¿Y yo?

—Y tú digna de mi bolsillo. Ella no quiere mas que mi amor, y se lo consagro: tú no quieres mas que mi oro, y te lo doy.

—Es verdad; y te quiero porque tú no abandonas á tus buenas amigas aunque estés en vísperas de casarte, ni te consagras esclusivamente á una, como sucede con tu amigo Glauco que no tiene corazon mas que para Ione.

—Y ahora que se habla de Glauco—dijo Frigia—habrá venido á veros en el instante que llegó á Pompeya?

—Sabemos que ha vuelto de su viaje; pero no hemos tenido el gusto de verle aún—contestó Salustio.—Enamorado como está de Ione, no es de extrañar que haya dedicado los primeros dias al objeto de su amor.

—¡Qué bueno fuera que tú me dedicaras tambien algunos á mí!—dijo Frigia á Salustio colocando uno de sus torneados y blancos brazos sobre el hombro del libertino jóven.

—Me cansa la monotonía: el encanto al visitar un jardin consiste en ver la diversidad de flores que lo embellecen, cojer cuantas se puedan y disfrutar el aroma de todas sin excepcion.

—Por eso tú que consideras á Pompeya como á un vasto jardin, y á sus bellas mugeres como otras tantas flores colocadas para tu regalo, seguiste hace pocos dias, en compañía de Márcio, á un tierno pimpollo que entró en la *fullonica* y que se os escapó por la puerta de la otra calle.

—¿Y quién te ha contado eso?

—Nadie: yo que lo ví.

—¿Tú?

—Yo, sí; me hallaba en la tienda contigua á la *fullonica*, cuando ví salir agitada á una muger cubierto el rostro con el velo, y quedarse en la calle un instante quieta sin saber hácia qué lado dirijirse: aquello llamó mi atencion, y fijé los ojos en ella.

—¿Y era hermosa?

—Como el oro.

—¿Simpática?

—Como la plata, segun pude distinguir al traves del velo.

—¡Y no haberla visto yo!

—No bien se habia alejado, cuando te ví salir con Márcio.—Nos hemos quedado burlados, decia este.—Pero esta desgracia, observaste tú, tiene todos los visos de una fuga; y cuando huye de tí es señal de que te conoce.—Tal vez, te contestó Marcio; he creido descubrir en su aire y su porte á una muger que conocí en Roma.

—Es cierto, todo eso hablamos—dijo Salustio.

—No os pude escuchar mas, porque os alejásteis en seguida.

—El interes de Marcio era grande por descubrir quién era la encubierta.

—Lo mismo que el tuyo.

—Como tuvo tantas aventuras en Roma!

—Como las tuviste tú.

—Es cierto.

—¿Quién sabe si esa jóven será.....

—Dejemos de pensar en quién pueda ser, y tomemos de este otro vino para dar una vuelta por el jardin—dijo Lisipo volviendo á llenar los vasos.

—No:—contestó Frigia poniéndose en pié.—Hemos venido á deciros que, en vez de aquí, la mesa sea en mi casa. Esto lo hemos dispuesto para probaros que nosotras tambien sabemos gastar con las personas á quienes amamos.

—¿Cargándonos el costo á nosotros por supuesto?—advirtió Salustio.

—Es claro; pero siempre es una manifestacion de gratitud y de amor.

—Ya he dicho que respetemos la memoria de los ausentes.

—¿Os parece bien?

—Nos parece.

—¿Ireis?

—Iremos.

—Todo está dispuesto, y allí tendremos mas libertad.

—Convenido.

—Hasta luego.

—Hasta luego. Frigia y Sostrata salieron enviando una sonrisa á sus amantes.

—La diversion nos va á costar cara—dijo Salustio á Lisipo al quedarse solos.—Por fortuna traigo repleto de oro el bolsillo.

—Una muger de estas cuesta por tres propias—advirtió el cuestor.

—Por eso tú estás en vísperas de ser propietario.

—No tengo las rentas que tú, y necesito economizar.

—Bien hecho.

Lisipo y Salustio se entretuvieron un rato en conversacion, y despues se dirijieron á la casa de Frigia.